

1870 Junio 16



EL PAIS VASCO-NAVARRO

JAUNGOICOA ETA FUEROAG.

AÑO I.

16 DE JUNIO DE 1870.

NÚM. 21.

SUMARIO.

TEXTO.—DERECHOS ILEGISLABLES, por D. Juan Cancio Ména.—DEUDA DEL CORAZON, por D. S. Goicoechea (conclusion).—CERCANIAS DE VITORIA, por D. Ricardo Becerro.—VIAJE DE RECREO (continuacion).—MADRID. GRABADOS.—DURANGO.

LOS DERECHOS ILEGISLABLES.

No puede dudarse: si la ciencia del derecho es una de las ciencias morales mas profundas; si las relaciones que estudia son incorpóreas é intangibles; si los fines que realiza son supremos y trascendentales, la ciencia del derecho no puede profanarse impunemente ni por teorías utópicas, ni por desvarios fantásticos, ni por elucubraciones generales del sentido práctico de los pueblos, sino que requiere criterio elevado, corazon exento de preocupaciones y mente sana en quienes hayan de cultivarla con éxito positivo y fecundo en consecuencias.

Y, sin embargo, la ciencia política es la que se mira con desden, la que se considera como un hecho claro y ostensible que nadie puede desconocerlo, la que no requiere ni estudio, ni exámen, ni análisis para comprenderse, y que está, por lo tanto, en el dominio universal.

Solo así se explica la arrogancia con que todos hablan, no ya del sistema político

que mas convenga á sus intereses, que mejor responda á sus aspiraciones, ó que llene mas cumplidamente sus exigencias, sino del espíritu de las grandes leyes del progreso, de la bondad que entrañan los principios de gobierno, de las aplicaciones á que se prestan las doctrinas sociales, y de los elementos y fundamentos que constituyen la vida íntima de los pueblos.

Por eso son tan frecuentes los conflictos que surgen en la marcha de la humanidad; por eso son tan súbitas las transformaciones que se operan en el régimen político; por eso es tan grande el desconcierto, tan febril el movimiento y tan incierto y problemático el porvenir de las naciones.

La ignorancia de las leyes naturales del orden político y los errores que sobre una materia tan delicada se profesan como verdades dogmáticas son las causas permanentes de esa enfermedad social, que bien puede llamarse el gran delirio.

Y para acreditar la verdad de nuestras aserciones, nos basta fijar la atencion en el sentido absurdo y anómalo en que se entienden los derechos naturales y los derechos políticos.

Porque no solo se confunden frecuentemente, sino que se violenta su acepcion hasta el extremo de asentar que ciertos derechos políticos son ilegislables.

Precisemos el asunto.
El derecho no es siempre una facultad

activa, sino que es tambien un hecho pasivo.

El derecho, en general, es el conjunto de relaciones que se derivan de la naturaleza del hombre y de la existencia colectiva en que los hombres viven.

La idea verdadera, práctica y fundamental del derecho, nace con la idea de sociedad.

Porque el hombre en el aislamiento no ejerce derecho, sino que realiza actos que no tienen mas límites que los que la moral natural asigna.

Y desde el instante en que el hombre se encuentra con el hombre; desde que dos individuos han de asociarse; desde que han de sostener determinadas relaciones, brota la idea del derecho, por el respeto que han de guardarse, por la conducta que han de observar y por la armonía en que deben vivir.

Pero esa idea no procede de un convenio espreso, sino de un hecho necesario, porque el hombre conoce intuitivamente que está obligado á hacer el bien y que no debe hacer el mal.

Por eso no se concretan sus obligaciones con su prógimo á ciertos lazos convencionales, sino que se universalizan, esto es, se estienden y dilatan hasta el extremo de que respete profundamente el individuo en todas y en cada una de las situaciones de su vida.

Así es, que el niño que acaba de nacer

es tan inviolable en sus derechos naturales como el anciano que toca los últimos límites de su existencia.

La libertad individual, la seguridad personal y la propiedad real son derechos axiomáticos, y, sin embargo, son legislables, porque requieren sólidas garantías de respeto. Y esas garantías las ofrece la ley.

¿Cómo, pues, creer que la emisión del pensamiento, la libertad de asociación y otros derechos de carácter político son ilegibles?

Los derechos naturales son inherentes á la personalidad humana y no exigen otra condición para realizarse.

En todas las épocas y situaciones de la vida del hombre se identifican con él los derechos naturales, porque son los elementos de su existencia, son su mismo ser.

Para ejercer la libertad individual en sus formas primitivas, basta haber nacido. Y la seguridad personal y el derecho de propiedad, tampoco requieren criterio ilustrado ni otras circunstancias para que se acaten profundamente en todos los individuos.

Solo exigen garantías sociales, medios eficaces y recursos heroicos para que nadie los lastime. Y hé aquí por qué son legislables.

¿Cómo, pues, no serlo el derecho de emitir ideas de palabra ó por escrito, si las ideas son el germen de los hechos y los hechos son el bien ó el mal de la sociedad?

Cuando vemos el entusiasmo político de las escuelas radicales, levantando su vuelo al mundo de la fantasía y apartándose tanto del mundo real, no nos extrañamos de los errores y de los absurdos que pretenden plaza de grandes verdades en el gobierno de los pueblos.

Pero lo que no puede menos de sorprendernos es ver las contradicciones palmarias en que incurren al admitir su principio y combatir sus consecuencias sin que de esa antinomia ostensible y de esa monstruosa paradoja recojan saludable enseñanza.

Efectivamente: considérase la imprenta ilegible en lo preventivo, y se considera legible en lo represivo. Es decir, que se admite el principio de que el crimen se realice pudiendo impedirse.

Censurable sería en el poder social, si fuera bastante previsor y pudiera evitar los delitos, el que no se esmerase afanosamente y trabajase con eficacia para evitarlos.

Pues bien: la imprenta puede delinquir, porque puede calumniar, injuriar y conmover hondamente las instituciones públicas; y los crímenes de la imprenta pueden prevenirse á favor de leyes sábias

y discretas que no afecten en lo mas mínimo los fueros legítimos del escritor, ni amengüen ó quebranten los altos intereses de la sociedad.

Por eso no podemos menos de lamentarnos de la influencia funestísima que ejercen en la paz de las naciones y en la causa de la civilización esas teorías absolutas y radicales de la libertad que, olvidándose del derecho y de la justicia, lejos de defender la verdadera libertad, defienden la licencia mas desenfrenada; esas teorías que, en vez de escudar la razón, impulsan las pasiones; esas teorías que, en vez de vivificar y robustecer el espíritu público, lo enervan y lo pervierten.

Hasta el derecho de sufragio se quiere levantar á la esfera de los derechos naturales, sin considerar que requiere dos grandes condiciones para ejercerse: un criterio práctico y una garantía de cívicas virtudes.

Los que defienden el sufragio ilimitado no estudian las leyes políticas en el libro de la naturaleza, sino en el de su exaltada fantasía. Porque si en el orden de las relaciones libres de los individuos nadie fia sus intereses á quien no se los garantice con su honradez y con sus recursos, no hay razón que haga esceptuarse de reglas tan sábias y tan generales los mas valiosos intereses de la humanidad.

Cuestiones graves y profundas son las que hemos apuntado ligeramente, pero nos han servido para demostrar que la teoría de los derechos ilegibles envuelve una contradicción monstruosa, porque la idea derecho es inseparable de la idea de ley, y porque decir derecho ilegible es decir derecho sin límites, derecho absoluto, derecho despótico, derecho, en fin, que conspira contra el derecho.

JUAN CANCIO MENA.

DEUDAS DEL CORAZON.

EPISODIO DE LA GUERRA CIVIL.

(Conclusion.)

A este grito, que, repetido por aquellos mártires, ahogó por un momento el ruido del cañon, arremetió el jóven con la espada en una mano y una pistola en la otra, en dirección á un cuerpo de ejército diez veces mayor que sus cien escasos hombres, que de cerca le seguían.

El choque fué terrible: la muralla de carne humana que se puso delante fué abierta en brecha á impulsos de aquel ariete formado de puntas de acero.

De los cien valientes que se habían ar-

rojado con la furia de cien leones en el fuego de la calentura, no llegaron á rebasar cincuenta la línea del enemigo.

El jefe que los guiaba, que había salido, gracias á la pistola de dos tiros, nada mas que con su capote agujereado por varias partes, conservó la sangre fría y serenidad bastantes para ver que al extremo allá del puente estaba formada otra columna enemiga, y, volviendo la cara hácia atrás, vió tambien que quedaban ya pocos de los suyos para acometer de frente, por mucho que su valor fuese, contra los que les esperaban á pie firme.

Hizo un cambio rápido hácia el flanco izquierdo, y tomó la márgen de la ría.

Una descarga cerrada diezmo nuevamente las filas de los cazadores.

No había tiempo que perder; solo era ya cuestión de poderse librar de los disparos que les hacían por la espalda y por los flancos. Pero eran estos tan ciertos, que pocos quedaban ya de aquellos valientes que pudieran contar tan terrible jornada.

Por fin llegó el alférez con treinta de los suyos á un bajo del sendero que seguían, en donde, por hallarse á cubierto de los disparos enemigos, pudieron descansar unos minutos y tomar aliento para emprender nuevamente su marcha en dirección á Bilbao.

Formada tenía ya el alférez su escasa fuerza y dispuesto estaba á echar á andar, cuando instantáneamente se encontró rodeado de una columna enemiga que parecía haber brotado de la tierra.

—¡Alto, ó sois muertos!

A esta voz, que fué lanzada por el jefe de la columna carlista, los soldados isabelinos dieron á huir en direcciones encontradas, siendo muchos los que se arrojaron al río, buscando una muerte segura antes que consentir en rendirse.

El alférez, que había ya reemplazado su pistola descargada por otra cargada hasta la boca, contestó á aquel grito con un disparo á quemarropa contra el primer enemigo que se le puso delante.

Aquel tiro, disparado en el momento en que no podía esperarse ni la mas pequeña resistencia, obtuvo por contestación una descarga, y dos balas atravesaron el brazo y muslo del alférez, haciéndole morder la tierra.

No había aun acabado de caer el jóven oficial, cuando un granadero de gigantesca estatura y de hercúleas fuerzas arremetió contra él con bayoneta calada, y, clavándosela por el muslo, le lanzó, dando vueltas por el aire, acabando por zambullirle en el río.

En el instante mismo en que el subteniente caía en el Ibaizabal, volviendo la cara hácia el enemigo como si tratara aun

de desafiarle, un joven sargento carlista que habia presenciado como todos los suyos las vueltas que aquel habia dado en el aire, arrojó el fusil al suelo de improviso, quitóse el capote casi al mismo tiempo, lanzó una mirada al cielo, y exclamó:

—¡Madre mia! ¡protégeme! y se arrojó al rio de cabeza.

Mientras los soldados carlistas, sin comprender la accion del sargento, seguian con la vista todos sus movimientos, nada-ba este con tales bríos y tan maestra-mente en direccion al sitio en que se ha-bia sumergido el alférez isabelino, que en breve se encontró próximo á él.

En aquel momento asomaba el oficial la cabeza á la flor del agua; mas cuando el sargento se avalanzó á agarrarle, desapareció de la vista.

Zambullóse el sargento como pudiera hacerlo un pez, y un minuto despues sacaba fuera del agua una de las manos, de la que colgaba la cabeza del oficial, y acto continuo asomó la suya el carlista.

Pero apenas volvió aquel á tomar aliento recobrando sus fuerzas enervadas en el fondo del rio, se agarró con ámbas manos al cuello del carlista, y desaparecieron ámbos de la vista de los circunstantes atónitos, que eran todos los compañeros del sargento.

Largo rato trascurrió sin que las superficies de las aguas tuvieran ni el mas pequeño movimiento que diera á conocer el punto en que estaba trabada aquella lucha á muerte; y cuando todas las miradas estaban fijas en el sitio en que los combatientes se habian sumergido la última vez, apareció el sargento á corta distancia de la orilla opuesta, llevando al alférez cojido del cuello con su mano izquierda, mientras con la derecha nadaba desembarazadamente hácia tierra.

Durante la escena que acababa de tener lugar no se oyó un juramento, ni una voz, ni un grito, nada, en fin, que pudiera dar á conocer la causa que habia impulsado al carlista para ir á buscar al isabelino.

Llegaron ámbos á tierra, ó mas bien, llegó el sargento arrastrando tras sí al oficial, amoratado, vertiendo sangre de sus heridas, y al parecer sin vida.

Permaneció el joven carlista contemplándole un breve instante, colocó luego su mano sobre el corazon del que yacia tendido en tierra, y retirándola inmediatamente, cargóle sobre sus espaldas, echando á correr rápidamente, como si no llevara carga ninguna, en direccion á Bilbao.

Atónitos quedaron los que presenciaban esta escena, y cuando empezaron á pensar que la conducta del sargento tenia todas las apariencias de una traicion, hallábase ya este lejos del alcance de las balas que

podieran enviarle, y casi, casi, fuera del alcance de la vista.

Corria, corria el carlista sin tregua ni descanso atravesando por medio de los soldados isabelinos que, dispersos y derrotados, huian sin cuidarse del sargento, pues aparte de que nada tenia de particular el que llevase á un herido, allí, donde eran tantos los heridos trasportados en hombros de sus compañeros, el joven carlista iba en mangas de camisa, y con la cabeza descubierta, y no habia, por consiguiente, quien pudiera sospechar de él fundadamente.

Asi llegó á Bilbao, jadeando, mojado de pies á cabeza, y sudando, no obstante, por cada pelo una gota. Y sin detenerse mas tiempo que el preciso para preguntar por la direccion del hospital, entró en este, pidiendo con desenfado y hasta en tono de mando una cama donde poder acostar al herido.

Diéronsela, y púsose á desnudar al oficial, enfadándose con todos los que no lo hacian á medida de sus deseos.

Sentóse luego á la cabecera del que mas bien que herido parecia un cadáver, y cuando llegaron los facultativos y reconocieron las heridas y el estado general del paciente, escuchó atentamente y hasta con avidez el diagnóstico y pronóstico que formularon.

Resultaba del primero, que la herida del muslo, que pudo ofrecer algun peligro, habia mejorado en condiciones, debido al bayonetazo que la rasgó en disposicion de hacer que la bala pudiera ser extraida fácilmente.

La herida del brazo no habia interesado hueso alguno.

Y por lo que hace al estado general, la sangre que en abundancia habia vertido el oficial contribuyó en gran manera á que no tuviera lugar la asfixia por completo.

En una palabra, el estado del herido, si bien grave, no era desesperado, y, salvo un acceso ó una gran debilidad, podia esperarse su curacion.

Dos horas despues, que el sargento las pasó ó sentado al lado del enfermo ó bien practicando los remedios recetados por los facultativos, opinaron estos que el herido habia entrado en una reaccion franca.

A la caída de la tarde del 21 de setiembre hallábase un joven vestido con el capote pardo de los soldados carlistas arrodillado frente á una sencilla cruz de madera, elevada en tierra, en el campo santo del pueblo de Averniz.

—¡Madre mia! exclamaba con los ojos húmedos del sudor del alma, ¡madre mia! regocíjate; he pagado la deuda del corazon que contrajimos tú y yo hace nueve meses.

La victoria de Vad-Ras, alcanzada por las armas españolas el 23 de marzo de 1860, agregaba un florón mas á la corona de Castilla, y daba una tumba gloriosa al coronel D. Alberto de Baeza y al comandante D. Luis de Urbieta.

SABINO GOICOECHEA.

DURANGO.

«No hay una villa en el señorío, dice un erudito historiador de Vizcaya, que ocupe una situacion tan ventajosa como la suya, considerada política, militar ó estratégicamente. Examinada bajo su aspecto agrícola, es la mas importante de todas. Apreciada por la riqueza de sus aguas, de los minerales que abundan en sus cercanías y de sus estensos arbolados, debiera ser un foco industrial y fabril sin rival en las tres Provincias Vascongadas. Se asienta casi en el centro del señorío de Vizcaya, en la mayor llanura de su territorio, defendida por una formidable barrera de montañas de aspecto á la par que imponente el mas pintoresco, bañada por un rio caudaloso de purísimas aguas, fértil en productos naturales, cruzada por las vías mas importantes del país, despejada de cielo y horizontes y poblada de caserío esparramado y reunido. Circunstancias son estas que brindarian á los primeros pobladores de Vizcaya á permanecer en un sitio tan agradable como este, y asi no es extraño que lo eligieran para sentar en él sus reales.» Es cierto; Durango, y todo el territorio llamado duranguesado, es una de las tierras solariegas mas importantes, mas ricas, mas industriales y mas bellas de cuantas encierra el país vascongado.

El Sr. Janer, en un artículo que ha consagrado á la descripcion de esta villa, cita entre sus monumentos dignos de visitarse los siguientes:

«Campa de Guerediaga, donde desde tiempo inmemorial celebraba sus juntas ó *Catzenac* la merindad de Durango, con la iglesia juradera del Salvador, y asientos ó mojones de piedra formando circulo, donde se sentaban los apoderados, y mesa de piedra donde se escribian los acuerdos.—San Pedro de Tavira, donde existen momificados los cuerpos de Sancho Estiguez y su mujer Doña Toda, muertos en el siglo IX, el primero en la célebre batalla de Arrigorriaga, donde acudilló á los vizcainos con Jaun Zuria. Se conoce todavía en el cráneo el saetazo que le ocasionó la muerte.—La iglesia parroquial de Santa Maria, fundada por D. Munio Lopez, segundo señor de Vizcaya é hijo de Jaun Zuria, en el siglo X. Los dos prime-

ros cuerpos de su torre fueron atalaya de la casa solar de Arandoño, emparentado con el fundador.—Pórtico de la iglesia de Santa María, notable por su gran extensión y los angulares arcos de madera que sostienen su techumbre.—La torre de Lariz, notable por su antigüedad y por las misteriosas esculturas de su fachada, y por haberse hospedado en ella Enrique IV de Castilla, los Reyes Católicos y doña Juana llamada *la Loca*.—Bost-echeta ó el auditorio viejo, donde tenia la merindad des-

las de los señores Echeyarreta, Jáuregui, Castejon, Olalde, Crue, Arguinyoniz, Ampuero y otras. En la de Arguinyoniz estuvo alojada la reina doña Isabel II. Ya antes habian honrado con su presencia la hermosa villa de Durango los reyes de España. En 1393 la visitó don Enrique II; en 1457 doña Isabel la Católica y la princesa doña Juana; en 1828 don Fernando VII y su esposa doña María Josefa Amalia, y en 1845 doña María Cristina de Borbon y la infanta doña María Luisa Fernanda.

y carnicería, juego de pelota, fuentes monumentales, y en fin, á escepcion de teatro hecho á propósito y de estacion telegráfica, tiene cuanto puede desear su culta poblacion para disfrutar de la vida tranquila y moralizada que distingue á sus honrados y activos moradores.—«El durangués, dice el ilustrado Sr. Delmas en su importante *Guia de Vizcaya*, asi como su cielo, e l mas despejado y sereno de Vizcaya, pasa por ser el mas festivo é ingenioso de sus naturales: hablándole de novillos, de par-



de tiempo inmemorial su consistorio, hasta que á principios del siglo XVII s, trasladó á Astola.—El ídolo de Migueldie informe escultura de mucho mérito arqueológico, por la antigüedad que se le supone, segun algunos, y segun otros de dudosa aplicacion y procedencia.—La cruz de piedra del barrio de Crutziaga, que representa la historia y misterios de nuestra redencion, con una porcion de figuras esculpidas, al parecer del siglo XIII, ó acaso anterior.—El arco de Santa Ana, con torreones y las armas imperiales, con la fecha de 1560, aunque fué reformado en 1774 y no ofrece gran interés histórico ni arqueológico »

El mismo autor citado anteriormente añade las siguientes indicaciones:

«En el siglo XV parece que la mayoría de casas de Durango eran de madera; pero hoy las tiene excelentes de duros sillares y hermosas fachadas, pudiendo competir con las de Bilbao y de otras capitales

Durango.

La poblacion, en fin, prospera y se va modernizando, desapareciendo poco á poco los restos de antiguas murallas y de los fuertes torreones de la Edad Media. Durante la guerra civil, la villa de Durango fué la córte de don Carlos. En ella estaban establecidos los consejos y las oficinas centrales, y en ella residieron los empleados superiores y la diputacion vizcaina que siguió constantemente la bandera carlista. Enseñase todavia al viajero el palacio que ocupaba don Carlos en la referida villa, y cuéntanse todavia mil anécdotas y episodios de las peripecias y trastornos de la última guerra civil.

Durango tiene cómodos paseos, excelentes escuelas de ámbos sexos, varias parroquias y convento de religiosas, algunas fábricas de hierro y una ó dos de armas de fuego que funcionaban últimamente, talleres de ebanisteria, fábricas de sombreros y molinos harineros, un hospital bien asistido, un casino, pescadería

tidos de pelota ó de corridas de toros, no hay que contar con él para nada; se le causaria un hondo sentimiento privándole de cualquiera de estas diversiones: es además de muy gallarda presencia y ágil como todos los vizcainos.»

CERCANIAS DE VITORIA.

SAN MIGUEL DE ACHA.

A LA SEÑORITA C. C. DE G.

Siempre te han gustado, preciosa amiga mia, los paisajes admirables, las tardes serenas y las historias llenas de melancolia, y por eso te conduje de la mano por entre los caminos llenos de flores de la llanura alavesa hasta la orilla del Zadorra, presentándote de repente la hermosa perspectiva de aquellas riveras próximas al imponente derrumbadero de Acha.

Allí, á la sombra de los chopos, sentados sobre la yerba, al lado de una fuente natural que sale de la roca calcárea, admiraste un paisaje digno de tu álbum artístico, y me acuerdo que exclamabas á menudo:

—¡Qué lástima que este agradable lugar no tenga una historia ó un recuerdo!

Y repetiste despues esa exclamacion cuando, cogida de mis manos, te aproximabas asustada al borde del precipicio de la ermita de San Miguel. Tentado estuve de darte un empujón para que la roca tuviese desde entonces un recuerdo; pero algunas consideraciones relativas á la tristeza que acompañaria á mi inmediato estado de viudez me detuvieron, y discurrí que seria mejor recorrer aquellas aldeas en busca de una tradicion. Perdóname.

A la vuelta aun contemplaste cien veces aquel paisaje.

El Zadorra, como una ancha cinta de plata, ondulada á trechos por el caprichoso movimiento que en sus ondas produce el viento, al chocar en las peladas rocas de las orillas, separa dos campos de desigual aspecto: verde y lozano el uno, lleno de doradas mieses, bordeado de espadañas y juncos, terminado por los agrupados olmos de la aldea cercana y por los montes azules que cierran el horizonte; áspero y deforme el otro, ostentando en el fondo la roca cenicienta de Acha poblada de olmos enanos, de yedra y de enredaderas, decorado en las orillas con los ramitos de seculares sauces sepultados en las aguas; con estensas materas de espinos, de rosales y rojos abillurris, y alzándose sobre la pradera verde, que alcanza hasta los ribazos de pizarra, una doble fila de chopos, esos esbeltos y predilectos hijos del llano de Alava, que á semejanza de ahujas góticas elevan sus afiladas puntas, festoneando las masas del arbolado en el azul del cielo. Teniamos á nuestro lado la aldea de Goveo, rival de Pisa en su famosa torre, y se oian á lo lejos las campanas de Otaza y de Asteguieta, cuyos ecos nos traia el viento; cantaba un ruiseñor en la orilla opuesta, y nada faltaba para la variedad del cuadro, ya que, tumbado entre el césped, entonaba con destemplada voz nuestro indescriptible amigo Gargantua esa letrilla que está ahora en moda:

«El ser civil
es un placer...»

Te prometí volver á Acha y averiguar en las aldeas á ver si habia algo que fuera digno de referirse, y así lo hice, teniendo el sentimiento de no haber hallado ninguna de esas románticas ideas ó memorias caballerescas con que tan á menudo te gusta entretener tu inquieta imaginacion.

Los aldeanos me miraron con curiosidad cuando les pregunté si sabian algo

acerca de aquellos lugares, y hasta uno de ellos se atrevió á decirme con mucho misterio:

—Yo sé de *oidas* de mi difunto abuelo que por ahí en eso enterraron los franceses muchos cajones de onzas; ¿viene Vd. á buscarlos?

¡Admirable tradicion si la hubiera hallado!

Otro me dijo que en la ermita se celebraba *anteriormente* una romería y que lo único notable que allí solia suceder era que se despachaba mucho zumo riojano.

Dejé en paz á los aldeanos y me fui al cerro de San Miguel; allí me senté al borde de la caída y empecé á discurrir una mentira para contártela. Nada mas á propósito para ello que lo que veia á mis pies. En mil distintos efectos de luz y sombra, entre un verde de cien variados matices, bajo una bóveda azul, límpida y clara, y cercado por una admirable cadena de montes, se desarrollaba delante de mí uno de los cuadros mas preciosos del suelo alavés. Yurre, con sus añosos olmos que le forman una monumental antesala donde los vitorianos celebran sus bacanales, me traia á la memoria el recuerdo de aquel soldado alavés vasallo de San Fernando que escaló el primero los muros de Córdoba; Lopidana descollando entre largas materas y caprichosas filas de árboles jóvenes; Goveo con su vetusto palacio donde un alavés de larga coleta y chupa de seda escribia en el siglo pasado algunos de los ocho ó diez volúmenes de la historia del país; su molino perdido entre el follaje, Biarritz de las vitorianas, en cuyas playas ostentan como náyades y ondinas aquellos pícaros perfiles, encanto de nuestros abuelos; Estarrona, subido en un repecho, con su casa señorial al lado de la iglesia, insigne rincón de donde salió un mártir ilustre; Asteguieta, aldea palaciega, cuna de nobles y obispos; Jundiz, allá á lo lejos, inmortal repecho en donde cien cañones derramaron en un dia famoso toda la furia y la desesperacion que el rey José alimentaba en su pecho en el acto postrero de su fantástica dominacion; Badaya, solitario retiro tantas veces regado con las lágrimas de los desterrados religiosos, enhiesta ruina hoy donde sobre las tumbas de los varones de Tres puentes graznan los cuervos y lanzan los buhos sus horribles chirridos; Mendoza y Martioda, olvidadas villas donde ayer dejaron esculpidos sus aristocráticos escudos tantos ricos-homes y fijosdalgos; el puerto de los Huetos, con sus admirables grutas estalactíticas, con sus solitarias cercanías, solo recorridas hoy por las rústicas mozas que labran los campos; Antezana, Foronda, Artaza, Legarda, los altos de Letona, de Echavarri, de Ondáte-

gui y de Zaitegui, y por fin Gorvea, con su estensa mole, con su pelada cima, uniendo las vertientes de sus faldas con la ondulante y severa curva de Badaya, detrás de cuyos bordes parece que iba á esconderse el sol para pasar la noche en los pintados valles de Cuartango.

Todo esto miraba, y entusiasmado por la contemplacion de aquel bellissimo panorama, parecia que veia elevarse de todos esos distintos puntos los héroes de los cuentos alavés, seguidos de las comparsas de las morenas hijas de la aldea con sus trenzas al aire, dadas las manos y cantando al son de cien empergiladas panderas, únicas liras que pulsan sus callosos dedos, no himnos de gloria, sino rústicos cantares en los que el amor y la lengua castellana andan siempre desfigurando sus hermosos primores cuando se encuentran. El humo que tranquilamente ascendia desde las chimeneas quiso parecerme así como sombras de gigantes que iban á despedir al sol; el *tañido* de las bocinas de los pastores, trompas guerreras de los nuestros que marchaban á morir á Simancas, y hasta acerté á ver debajo de mí en el rio una barca en la que sobre riquísima alfombra, cuyos bordes besaban las aguas, iba sentado un remero con boina, y en brazos de un trovador galan, una doncella tan hermosa como todas las descritas en los romances de amor: leia el galan en un pergamino unos versos con voz sonora, y los que acerté á oir cuando pasaron por debajo de la roca en que yo estaba decian sobre poco mas ó menos:

«Desde Gorbea y Arlaban al llano
Serpean mil arroyos bullidores,
Que dan sus aguas al vergel lozano;
Y entre arboledas mil, entre las flores,
Ya entre doradas mieses del verano,
O entre nieves que cubren los verdores,
Sus torres y sus altas chimeneas
Alzan do quier bellisimas aldeas.»

El bardo hacia indudablemente una descripcion del llano de Alava. Corrí precipitado por la ladera, resbalando en las pizarras, y les rogué que me admitieran á bordo.

Hízose el remero á un lado, me tendió su mano el de los versos y tomé asiento cerca de la dama, despues de hacerla un rendido saludo.

Supliqué al jóven que continuara leyendo, y así lo hizo.

Describió el llano, y hablando despues de Vitoria, decía:

«Sobre el inmenso azul de los espacios.
Larga silueta en tu perfil recorres,
Brillando en él, cual límpidos topacios,
Esbeltas las agujas de tus torres,
Irisado el cristal de tus palacios;
Siendo imposible que tu imagen borres
Del que una vez tan solo te veria

A la esplendente luz del medio día.
 Gigantes chopos, cuya cima mueve
 Acompasado el noto del Gorbea;
 Álamos y olmos, do la brisa leve
 Jugando entre el follaje se recrea;
 Olorosos arbustos, en que bebe
 Sus aromas el céfiro que ondea,
 Corriendo por tus campos esmaltados
 Y por tus frescos y apacibles prados;
 Acacias con sus flores nacaradas,
 Altos castaños con sus flores rojas;
 En tus jardines, gualdas y doradas
 De mil ramas las múltiples panojas;
 Todos, con sus sombrías enramadas,
 Con el verdor eterno de sus hojas
 En natural desorden admirable
 Constituyen tu adorno incomparable,
 Y cuando rompe el huracan bravío
 La dulce calma de las tardes bellas
 En las ardientes horas del estío,
 Y rasgan tu horizonte las centellas,
 Y es cada nube caudaloso río,
 Que deja en tus contornos anchas huellas;
 Mientras la voz del trueno está vibrando
 En Zaldiarán y Amboto resonando;
 Las ráfagas eléctricas que ondulan
 En lo alto de tus torres; los reflejos
 De los vidrios; las nieblas que circulan
 Y hácia tus muros vienen desde lejos;
 Los vientos que en su estrépito modulan,
 Hacen de tí visiones tan estrañas,
 Fantástica ciudad de las montañas.»

La lectura duró hasta que abordamos á las playas de Goveo. Pregunté su historia á los amantes y me la dijeron en breves palabras:

Juan Insausti, mozo de Yurre y pescador de oficio, se habia casado con Juana de Busturia, natural de Catadiano, pueblo cuartangués próximo á Sendadiano, Luquiano y Abornicano, no lejos de Apricano y de Vitoriano, y no habian tenido amor ni cosa que lo valga. El de los remos era el mozo mayor del pueblo; la alfombra de terciopelo era la remanga y los versos del pergamino unas coplas que se habia dejado olvidadas en el monte de Yurre un poeta trasnochado que habia ido á pasar el domingo tirando á los tordos.

¿Quién tiene la culpa de que viera yo tales visiones? Tú, amiga mia, que me enviaste á buscar una tradicion á San Miguel de Acha, donde no hay en abundancia mas que viento fresco y soledad.

RICARDO BECERRO.

Palencia junio de 1870.

UN VIAJE DE RECREO.

(Continuacion.)

La parte ofendida estaba representada por el agente, que era hombre que estaba á la altura de Pachico, milimetro mas ó

menos, y quedó de tercero en discordia el guardia, que tenia mucho de persona civilizada.

La cosa pudo arreglarse, haciéndose el reparto de veinte y cinco reales, que el cantero no los escupió de una vez, ni de dos, pero que al fin los escupió, entre los dueños de la leche, de los bizcochos, de las almendras y la mamá del niño, con mas veinte y cinco mil satisfacciones á todos los agraviados y á cuantos se quejaban de dolor de callo.

Cuando quedaron solos los cuatro amigos, creyó el maestro que debia dar una leccion al novato en la ex-corte y dijole:

—Aquí, no te creas, todo se arregla con calés; así es que se van las *chirlas* con mas facilidad que la pez en verano.

—¿Romería es, pues, esto? Unas... *chucherías* tienen y... Ni andar tampoco no se puede.

Y añadía Robustiana:

—Tantas *ponderanzas* de que no se hubiera visto otra romería como la de San Isidro y... ¡Ay San Roquechu de mi vida!

Y siguieron las comparaciones entre ámbos santos, y seria ocioso decir aquí quién de los dos, si el patron de los campos ó el de la peste, salió mejor librado.

Después de un rato, pasado en suspirar fuerte, para poder echar fuera el mal de la tierra, dijo Sinforosa dirigiéndose á su amiga:

—Dí, tú, ¿aonde habas andao? Busca que te busca por todos lados este y yo y ni por un asomo *arremaneçais*.

—¡Cállate mujer! Si de por poco *meogan* y todo á la salida del carro-ferril.

—Aquello ha sido un *timulto*, dijo el maestro con ínfulas de doctor.

—Tambien nosotras *henos estao en un apreto*, añadió Sinforosa, que... vamos, un milagro de Dios ha sido que no nos *habrian espachurrao*.

Cada cual contó sus cuitas, y tras ellas vino la parte buena, que era lo que se habian divertido hasta llegar á la romería, acabando por decir á duo las dos gordas:

—¡Yo rie que te rie todo el camino!

—¡Muchas risas *henos* hecho!

Con lo cual se dió por terminado este incidente y se pasó al orden del día.

—¿Vosotros ya *querrais* un vaso de limonada, eh? dijo el zapatero con el tono y gravedad que sabia dar á los actos importantes de su vida.

—¡Caracho! ¿Limonada ya hay, pues, aquí? exclamó el cantero olvidándose de todas las penalidades pasadas al recordar los goces que le esperaban.

—Sí, mujer, pidete dos vasos, dijo Robustiana.

Y añadió el maestro:

—¡Eh! pinche, cuatro vasos de limonada.

Un muchacho como de quince á diez y seis años trajo, poco despues, los cuatro vasos empañados, y Robustiana dijo encarándose á él:

—Tú de Bilbao ó así eres, pues.

Y el muchacho contestó:

—Sí—añadiendo á poco rato—señora—porque debió recordar que se lo tenían mandado se espresase así mientras estuviera allende el Ebro.

—*Criao* ó así es, de *Chaucin-arrayo*, se apresuró á decir la Sinforosa.

Y pidieron á aquel que por las trazas debia ser criado ó así les trajera una cazuela de bacalao en salsa, y entre col y col lechuga, vaya... se pusieron, que no habia mas que pedir.

Un cuarto de hora despues bailaban, al compás de los desacordes sonidos de un guitarrillo de mala muerte, Juan Manu y Pachico frente á frente de Robustiana y Sinforosa.

Y dale que le das, y *culada* va y *culada* viene, y vuelta á un lado, y vuelta al otro, era un gusto ver cómo se ponian el cuerpo, á fuerza de tanto mimarlo.

Y concluido aquel baile, empezó otro, en el cual cambiaron de parejas el cantero y el zapatero.

Después merendaron, y después de la merienda... Juan Manu bailó con el zapatero, creyendo que era Robustiana, y esta se puso á dar brincos *vis-á-vis* de su amiga, sin que le cupiera la menor duda de que era Juan Manu, y el zapatero y Sinforosa, tan satisfechos y tan en ello y tan... pues, como si tal cosa.

Y sucedió que Juan Manu, á fuerza de hacer el molinete, sin haber echado á los tacones lo que bullia en su estomago, creyó observar que habia terremoto; y por fin, persuadido de que el mundo se tambaleaba, dijo agarrándose al maestro:

—Pachico, *miate* como da güeltas todo esto.

Y el maestro, que estaba entre merced y señoría, cojió á Juan Manu de un brazo y así como si no quiere la cosa se fueron haciendo los perláticos, hasta que sucedió con sus piernas lo que á madeja de hilo en uñas de gato, y entre si me caigo ó no me caigo ¡cataplum! dió Juan Manu con su cuerpo en tierra y con el cuerpo del maestro encima del suyo.

Levantóse este, aunque no con la facilidad con que habia caído, y dijo á su compañero:

—Tú no estás *güeno*, Manu.

Y contestóle el cantero regalándole la merienda y el almuerzo, y por fin y postre, el vino que habia bebido en Arrigorriaga.

Y diz, aunque de esto no respondo yo, que en aquel instante apareció el perro del puntapié, y empezó á lamer la cara de Juan Manu, quien, recordando que no se habia

afeitado aquel día festivo, ni aun la vispera, y que debía presentarse á su esposa con algo que la sorprendiera, creyendo que le hacían la barba, dijo con la formalidad que exigía el caso:

—Maestro, déjeme Vd. el bigote.

Y el maestro Pachico, que vió que iba dejando de ver, porque hacia rato que se había despedido el sol á la francesa, estos, sin decir buenos días, ni buenas noches, pensó que debía pensar en hacer rumbo hácia Madrid.

Llamó á Juan Manu, con la lengua y con las manos, y hasta con los pies, pero ¡ca! ¡que si quieres! como si llamase al pilon de la fuente.

En trance tan pesado, recurrió al agente de marras, y entre los dos y con la ayuda de algun otro metieron á Juan Manu en un coche, y habiendo pedido Pachico las señas de una posada que fuera digna de sus personas, hizo rumbo el vehículo hácia la calle de Toledo, parador del Navarro.

Robustiana y Sinforosa se habían encajonado en un ómnibus, como personas que podían, y desde la Puerta del Sol, en donde se bajaron del carruaje, porque pudieron bajarse con la ayuda de Dios y del cochero, hicieron rumbo, preguntando, y volviendo á preguntar, hácia casa de una sobrina, hija de un primo, que estaba casada con un cuñado del hermano de la mujer del tío del esposo de Robustiana, que esté en gloria.

Un parentesco de tanta afinidad le daba derecho á la gorda para convidarse por aquello de «aquí estoy porque he venido,» y, lo que es mas, para llevar á otra gorda consigo.

En un cuartucho cuyas dimensiones son próximamente las de una sepultura, sin otra ventilación que los innumerables resquicios y grietas de todos tamaños y formas que tiene la puerta, y sobre una cama que ocupa las tres cuartas partes—y quedo corto—de la alcoba, descansan como dos bien ó mal-aventurados Juan Manu el cantero y Pachico el maestro de obra prima.

Este último sopla en términos, que ya le quisieran tener para los días de fiesta en mas de una ferrería vizcaína.

Hace una hora, y son las tres y sereno, que Juan Manu se mueve, se agita y se rasca: no parece sino que se halla acostado sobre puntas de alfileres.

Por fin se le oye decir con voz que no parecía la suya por lo bronca:

—¡Mari-Pepa! ¡Mari-Pepa!

Pero la María Josefa se hallaba un poco lejos para que pudiera oírle.

En cambio el maestro que se encontraba muy cerca, y que sintió que le arrimaban ó que le habían arrimado ya, una patada, que cualquiera otro que no fuera tan

maestro lo hubiera tomado por una coz, quiso devolver tan fina caricia, y dió al cantero un guantazo, que nada tenía que envidiar á los que pueda dar el mas afamado jugador de pelota.

Pues miren ustedes, este bofetón dado... así, con tanta franqueza y tan... pues, tan brutalmente, hizo el efecto que diz hace una taza de café con sal en los cerebros gaseosos. Despejó los sentidos del cantero, que hacia ocho horas estaban casi, casi, en la misma sensibilidad que un sillar de Motrino ó de Colmenar, si les parece á ustedes mejor.

Miró á todos lados y nada vió: estaba aquello como boca de lobo.

Juan Manu tuvo lo que se llama miedo, por la primera vez en su vida: llegó á pensar que podían haberle enterrado vivo. Sin embargo, la caricia aquella que le acababan de hacer le tranquilizaba un poco, pues cuando menos le confirmaba en una cosa ó en dos. Era la primera, que vivía, puesto que sentía, y la segunda, que había otro ser á su lado, que no solo vivía, sino que estaba sano y tenía brios, según pegaba.

Juan Manu creyó conocer, por lo fino del cutis de la mano aquella, á su amigo Pachico, y así como de la punta de un hilo se saca un ovillo, fué recordando que había salido de Bilbao, y que anduvo en ferrocarril, y que estuvo en la romería de San Isidro, y que por poco le sucede allí algo, y que ya le sucedió, y que despues... este despues estaba muy oscuro, cosa que no es de extrañar, pues llegó la noche. Y como Juan Manu no conocía el terreno que pisaba, debió haber dado algun tropezón, y tras de él el correspondiente batacazo, según le dolía el cuerpo, en particular desde la planta del pie á la coronilla de la cabeza.

Persuadido, en vista de la inutilidad de sus esfuerzos, de que no estaba en disposición de moverse, creyó que debía acudir al auxilio de su amigo, y así, entre si quiero ó no quiero, empezó á llamar en voz baja:

—¡Pachico! ¡Pachico!

Y viendo que este se hacia el muerto, fué crechendo, crechendo, hasta concluir por un berrido sostenido de pecho en esta forma:

—¡Pachicoooooo!

—No seas bruto, Manu: Juan, no seas animal: mira que no estás en *denguna* parte...

—Es que tengo una sed, que creo que voy á *espichar*.

—Eso, bebiendo agua se quita.

—Es que ni tan siquiera sé dónde estoy.

—Duerme, mañana te contaré todo.

—Quiero agua: no puedo aguantar la *garraspera* que tengo.

—Pues mira, te bajas y te metes en una tinaja grande que hay en la cocina.

—Haz favor, hombre: no puedo moverme.

—¡Vaya! ya veo que no me vas á dejar dormir.

Y el maestro se bajó de la cama, y en paños menores, es decir, en camisa, se dirigió á tientas hácia donde él creía haber visto la cocina.

Ya había abierto la puerta y había dado también algunos pasos por el pasillo; pero cuando mas despejado creía tener el terreno, tropezó en un obstáculo que había al paso y vino á dar con su humanidad sobre otra humanidad, que agarrándose al cuello del maestro empezó á gritar:

—¡Socorro! ¡aquí! ¡ladrones!

—¡Oiga usted!... quiso decir Pachico, queriendo también desprenderse de la argolla que le sujetaba el cuello; pero ¡que si quieres!

—¡Aquí! ¡pronto! ya le tengo, vociferaba el que estaba debajo.

—No sea usted... ¡Ay! ¡que me ahoga! pudo por fin decir el que estaba encima, consiguiendo, á fuerza de puños, colocarse de medio cuerpo abajo en una posición que...

Pues, señor, á los gritos acudieron la mayor parte de los huéspedes, gente toda dispuesta á tomarse la justicia por su mano, por lo que no faltó quien arrimara por adelantado la punta del pie hácia el fin del espinazo del maestro, mientras se averiguaba la causa del alboroto.

Un huésped á quien habían colocado en el pasillo, por hallarse ocupadas todas las alcobas, fué quien lo provocó: es decir, quien lo provocó fué el maestro, pues el huésped se estaba muy tranquilo, hasta que aquel se le echó encima.

Faltó muy poco para que el posadero echara á la calle al maestro, porque, según dijo, no estaba acostumbrado á tales alborotos, y estaba aquel muy equivocado si creía que su casa ¿estamos? era una posada cualquiera. Dióle Pachico mil satisfacciones, y en esto y en lo otro, se fué mal humorado á llevar el agua á su amigo, que había oído los gritos, y hasta figurándose que no andaba muy bien el maestro; pero hallábase tan baqueteado, que, en honor de la verdad, mas estaba para ayudado que para ayuda.

Pasó aquel día el cantero peor mil veces que cualquiera de los que solía pasar labrando sillares desde antes que saliera el sol hasta despues de puesto.

El maestro salió á correrla, y á la vuelta le contó que había visto á sus compañeras de viaje y romería, con las cuales se había citado para el siguiente día frente á las fieras del Retiro.

El martes muy de madrugada estaba ya

Juan Manu, acompañado de su adlátere el zapatero, viendo lo mas notable que encierra Madrid, la Plazuela de la Cebada, la Plaza Mayor, la de toros por de fuera, y así de etcétera.

(Se continuará.)

MADRID.

El sábado 11 del corriente se repartió la curiosidad pública en dos espectáculos que ofreció la descoronada villa.

En el Congreso se celebró la sesión magna, la sesión que debía resolver el triunfo de la interinidad ó la coronación del edificio.

En los Campos Eliseos trabajaba Blondin en la cuerda floja.

En honor de la verdad, no sé quiénes acertaron, si los que fueron á oír al general Prim ó á ver al funámbulo Blondin.

El presidente del Consejo de ministros habia anunciado al país que haria algunas declaraciones, y la parte del país, y bien exígua por cierto, que se preocupa de su suerte, acudió á las tribunas y á los alrededores del Congreso. Los escaños estaban llenos de políticos: la sesión era solemne.

Todos esperaban revelaciones importantes, todos aguardaban con ansia de sus palabras el desenlace ó por lo menos la esperanza del desenlace de la crisis que atravesamos.

Ilusion vana: el jefe activo de la revolución vino á decir lo que todo el mundo sabía, lo que es una desdicha para España.

Condensando su discurso, lo único que dijo fué que el gobierno, queriendo salir de la interinidad, habia paseado por Europa lo corona de España, y que ningun príncipe la habia querido; que á pesar de esto, el gobierno no desesperaba, y, continuando sus gestiones, confiaba en que allá por el otoño, al caer las hojas de los árboles y al coronarse las montañas de nieve, se coronaria el edificio revolucionario.

Contestóle el Sr. Rios Rosas por cumplido, y no hubo un diputado, ni carlista, ni republicano, ni esparterista, ni montpensierista que se se levantase á hacer costar, si era monárquico, su indignación contra los que han rechazado la corona y la han ofrecido; si era republicano, contra los monárquicos que en tan poco estiman, al parecer, el símbolo de sus opiniones.

Las palabras del presidente del Consejo enmudecieron á todo el mundo, y el público de adentro y el de afuera quedaron, como suele decirse vulgarmente, con un palmo de narices.

La tempestad se disolvió en la atmósfera sin un solo relámpago; el único entusiasmo estaba en los Campos Eliseos, don-

de Blondin corria sobre un velocípedo por una cuerda.

Esperaba yo que al día siguiente no hallaria mas que rostros tristes. Hasta los mismos ministeriales debian estar muy afligidos al ver los sacrificios hechos por el gobierno, al comprender que la revolución se halla en un callejon sin salida y que sin la piqueta no puede abrirse paso.

Veia yo por la mañana en las esquinas multitud de carteles. Era domingo y las empresas anunciaban múltiples espectáculos.

—Si, para diversiones está el pueblo, me decia yo.

¡Ah! si mis lectores hubieran podido hallarse como yo á las cinco de la tarde en la Puerta del Sol, se hubieran admirado.

Millares de omnibus, coches de alquiler y carretelas particulares partian por la calle de Alcalá y llevaban á una multitud de personas á la plaza de toros, á los Campos Eliseos, á los circos de Recoletos y al baile de Apolo.

Aquellas gentes de todas edades, condiciones y sexos, corrian frenéticos en busca de las diversiones. Parecian formar parte del pueblo mas feliz y mas próspero del universo.

Todo aquel conjunto, todo aquel movimiento, todo aquel frenesí, revelaba una alegría loca.

Instintivamente recordé las palabras de Jovellanos y ví el original del pueblo que retrató tan admirablemente en su célebre *Pan y Toros*. Madrid se ha embellecido, hay adoquines en las calles, se riegan estas dos veces al día, el alumbrado público es inmejorable, silba la locomotora y se agitan nerviosos los alambres eléctricos; á los vales han sucedido los bonos, las onzas de oro se han convertido en billetes de Banco; el pueblo es siempre el mismo.

Decidle que Napoleon I viene á robarles su independencia y repetirá el Dos de Mayo. Dádle pan y toros, y aunque el príncipe de la Paz deshonoré las canas de Carlos IV, aunque la suerte de la nación esté en poder de un hombre, aunque los gobiernos jueguen con su porvenir, en el circo, ante Montes degenerado, en los Campos Eliseos, suspendido de los pies de Blondin, olvidará que vive en la interinidad.

Yo no culpo á los gobernantes, no; yo no extraño que los diputados olviden los intereses que representan, no; lo que me admira es cómo de la revolución no ha brotado un dictador, cuando lo está pidiendo á voces el pueblo que al día siguiente de saber que no tiene rey, en vez de entristecerse, buscarlo por sí propio ó echarse en brazos de la república, corre á embriagarse con las suertes taurinas, con las piruetas de una bailarina ó la destreza de un funámbulo.

Pero al llegar aquí, una voz misteriosa me dice:

—En las provincias y en los pueblos no sucede lo que en Madrid. Aquí son los llantos, aquí las escaseces, aquí los rencores suscitados por las luchas políticas.

Y bien, si esto sucede, bien empleado os está. Aprended á elegir quien represente vuestra soberanía.

J. NOMBELA.

ADVERTENCIAS.

Como no podia menos de suceder, gran número de vasco-navarros, residentes en Cuba, Puerto-Rico y principales poblaciones de la América del Sur, apenas han tenido noticia de nuestro periódico han deseado suscribirse, y recibimos por los últimos correos considerables pedidos. Todos desean la colección completa; pero nos es imposible satisfacer su deseo: los números 14, 15, 16, 17, 18 y 19 están agotados; pero ofrecemos formalmente su reimpresión. Por lo tanto, los nuevos suscritores que tomen desde el primer número recibirán la colección hasta el 13.º inclusive, y los cinco que les faltarán los recibirán en cuanto los reimprimamos, para lo cual formamos una lista detallada.

Los señores suscritores que no guarden colección de nuestro periódico y quieran devolvernos los números 14, 15, 16, 17 y 18, podrán hacerlo, y se les abonará en cuenta un real por cada número para la renovación del próximo trimestre.

Los nuevos suscritores avisarán si quieren toda la colección, para enviarles los números que hay y anotar los que falten, á fin de remitirselos cuando se reimpriman.

EL PAIS VASCO-NAVARRO.

Precios de suscripción.

En España..	3 meses	12 reales.
En Cuba y Puerto-Rico..	6 meses	3 pesos.
América del Sur y Filipinas..	6 meses	4 pesos.
Estranjero..	6 meses	10 franc.
Número suelto en España..		2 reales.

PUNTOS DE SUSCRICION.

En MADRID: Calle de Serrano, 14, tercero de la izquierda (barrio de Salamanca), ó en la librería de Eguio, Arenal, núm. 14.—BILBAO: librería de D. Juan E. Delmas.—PAMPLONA: secretaria del Colegio de internos.—VITORIA: admite las suscripciones D. Nicolás Becerro, en el establecimiento tipográfico de D. José Iturbe, calle de San Francisco, número 23.—SAN SEBASTIAN: librería de D. R. Baroja.—La administración central de Madrid admite suscripciones de todas partes, siempre que al aviso acompañe el importe en letra de fácil cobro ó sellos.

Imprenta á cargo de M. Hermanos, S.º, Ángel, 23.

